

Queridos hermanos:

Pocas veces la liturgia nos ofrece un texto evangélico tan breve: sólo dos versículos, con sólo dos pensamientos: a) la gente se agolpa en torno a Jesús y sus discípulos, y b) los allegados de Jesús no le entienden y le toman por loco. El primer fenómeno ya nos lo presentaba el autor hace unos días, con esa clara intención de indicar a la comunidad cristiana que ella debe vivir así, íntimamente adherida a Jesús. El segundo pensamiento se merece una más detenida meditación.

El género de vida de Jesús es, sociológicamente hablando, muy extraño; rompe con todos los convencionalismos sociales (aunque no fue el único caso en su tiempo). Llegado a la edad adulta, su opción fue inconfundiblemente por la “anormalidad”; es natural que entre sus parientes surja el desasosiego.

Jesús no optó por el matrimonio y la familia como hacía la mayoría, sino por la creación de otro tipo de “familia” en torno a él; sus seguidores y adeptos son su verdadera familia.

No se aseguró el sustento cotidiano en aquella difícil coyuntura económica. No se buscó un trabajo estable, ni permaneció en el taller familiar, sino que emprendió una vida itinerante y providencialista, en total despreocupación por la propiedad, y proclamando poéticamente lo envidiable de la paz y confianza en que parecen vivir las aves del cielo y los lirios del campo (Mt 6,26-29).

Tampoco se procuró el calor de un domicilio estable y una patria chica. Al parecer comenzó su ministerio en Judea, cerca del Bautista (cf. Jn 3,22ss); luego marchó a Galilea; desde allí se desplazó varias veces a Jerusalén. Un cierto domicilio pudo tener en Cafarnaum, en casa de Pedro; quizá también en Betania, en casa de Lázaro; pero ambos prestados y provisionales.

Jesús fue perdiendo sucesivamente todas las seguridades; su palabra y acción le hicieron incómodo para con el reyezuelo Herodes Antipas (Lc 13,31) y para con los saduceos, principales jefes religiosos del momento. Fue profeta inconformista e inquietante. No es extraño que sus allegados dudasen de que estuviese en su sano juicio.

El motivo de tan extraña conducta no necesita ser adivinado, pues Jesús mismo lo explicó repetidas veces. Hay valores superiores al alimento, a la seguridad, e incluso a la propia vida. Sus parábolas del tesoro escondido y de la piedra preciosa, por los cuales se vende todo y se prescinde de todo (Mt 13,44-46), son posiblemente autobiográficas. Para Jesús hay un valor supremo, decisivo, único: la persona y el proyecto del Padre. Y Él se dedica a su proclamación y realización, al menos realización inicial y simbólica; y contagia a otros esa pasión, con lo que surge el fenómeno del seguimiento y otras formas de adhesión al Maestro seductor. También el grupo lleva vida extraña y desconcertante.

En todas las épocas ha habido creyentes radicalmente consecuentes, coherentes, y por ello incomprendidos. El cristianismo lleva en su entraña semillas de inadaptación e inconformismo. Es cierto que hay que evitar todo literalismo fundamentalista, y que la “inculturación” de nuestra fe es un valor y un hecho obligado; pero un cristianismo que a nadie interpele o intranquilece debe hacer que los creyentes mismos nos cuestionemos la propia autenticidad, la fidelidad a Jesús.

Vuestro hermano en la fe
Severiano Blanco cmf